



¡Habemus diálogo!

Uno de los actores con quien Daniel Ortega tiene una larga historia de conflictos y desencuentros es la jerarquía de la iglesia católica. Los antecedentes se remontan hasta la década de los 80 cuando la actitud de la dirigencia revolucionaria sandinista agravó al papa Juan Pablo II durante una visita al país y en plena plaza pública. Más recientemente, las tensiones se produjeron por la utilización del gobierno de los símbolos y discursos religiosos como recursos de sus políticas clientelistas y el claro posicionamiento de la jerarquía católica a

favor del movimiento ciudadano para el restablecimiento de la democracia. Esto los ubicó como adversarios políticos públicos y distanció las relaciones entre ambos, pero el reciente nombramiento como cardenal del arzobispo de Managua y cabeza de la Conferencia Episcopal, Leopoldo Brenes, abrió las puertas para un diálogo entre la iglesia católica y el gobierno.

Una historia de agravios y conflictos

En Nicaragua, la iglesia católica siempre ha sido un actor político des-

de la época de la colonia. Este tipo de comportamiento se acentuó bastante durante las últimas décadas cuando la jerarquía de la iglesia participó activamente como mediadora de los procesos de negociación política más importantes del país en las últimas cuatro décadas. Pero además, porque desde la década de los 70 en Nicaragua se activó una corriente fuerte de la teología de la liberación que involucró activamente a sacerdotes y feligreses con el movimiento popular para el derrocamiento de la dictadura somocista. Muchos templos fueron



el refugio o espacio de reunión para la organización de las acciones guerrilleras e insurreccionales, y las comunidades cristianas de base fueron el semillero que alimentó al FSLN y a las organizaciones populares de esa época.

El triunfo de revolución enfrentó a la jerarquía católica a la corriente de la teología de la liberación llevándolos hasta posiciones de enfrentamiento abierto, tal como ocurrió durante la visita del Papa Juan Pablo II en 1983, la cual fue considerada como un gran agravio al prelado por la supuesta falta de respeto de la dirigencia revolucionaria en un acto público. Las relaciones se mantuvieron con altos niveles de tensión debido a los constantes mensajes de la iglesia en contra del proceso y la dirigencia revolucionaria, así como su abierto apoyo a la contrarrevolución; mientras que del lado del gobierno sandinista se ejercía una constante y exhaustiva vigilancia sobre la jerarquía católica y algunos de sus sacerdotes más emblemáticos hasta el punto de exponerlos públicamente en operaciones encubiertas como el famoso caso Carballo. El movimiento de la teología de la liberación en el país se mantuvo a lo largo del tiempo, pero

se redujo sensiblemente cooptado por el proceso revolucionario en los 80 y por la sanción recibida desde la jerarquía de la iglesia.

Era democrática y nuevas relaciones

Las relaciones entre la jerarquía de la iglesia y el gobierno mejoraron sustantivamente a partir de 1990, pero no entre la iglesia y el FSLN donde permanecieron las tensiones y los resentimientos por los agravios de la revolución. El cardenal Miguel Obando y Bravo se convirtió en la figura emblemática de la jerarquía y de las tensiones con el FSLN por ser el prelado de mayor autoridad y por su discurso claramente opositor al partido sandinista.

Eso fue aprovechado por la misma jerarquía católica y por las posiciones oficialistas para inclinar la balanza política a su favor, tal como ocurrió en la campaña electoral de 1996 cuando el cardenal Obando narró la parábola de la víbora en una homilía pública, con el propósito claro de favorecer la intención de voto hacia Arnoldo Alemán, el entonces candidato contrincante de Daniel Ortega. Efectivamente, Alemán resultó ganador de los comicios electorales y

se convirtió en presidente, pactando más adelante con Ortega.

Probablemente ese pacto entre los dos caudillos fue uno de los factores de influencia para que entre Obando y Ortega se produjera un acercamiento a finales de los años 90 hasta que Obando se plegó totalmente a Ortega una vez que éste llegó a la presidencia en el 2007, posición que ha mantenido a lo largo de todos estos años a pesar que le ha costado el distanciamiento de la Conferencia Episcopal, la máxima autoridad católica en el país. Entre la sociedad nicaragüense ha corrido extensamente el rumor sobre las supuestas razones del acercamiento, las cuales son atribuidas a un chantaje político de Ortega hacia el cardenal Obando, pero lo cierto es que si ese fue el punto de partida, más adelante la alianza adquirió un carácter más estratégico y duradero para ambos con el nombramiento y permanencia de Roberto Rivas, persona de confianza del cardenal, al frente del órgano electoral en Nicaragua. Son hartos conocidos los privilegios y preferencias que Ortega tiene con Rivas, así como los favores que aquel le ha realizado aprovechando los poderes que le otorgan su cargo.

Las confrontaciones recientes

Pero mientras, Ortega y Obando se acercaban políticamente, el primero acentuó sus disputas y tensiones con el resto de la jerarquía católica, especialmente a su llegada al gobierno en el año 2007. Algunos de los conflictos más fuertes se generaron por el discurso confrontativo de Daniel Ortega y Rosario Murillo respecto a la Conferencia Episcopal, la manipulación que han hecho de los símbolos y creencias religiosas, y por intentar arrogarse la representación de los creyentes. Esa es una actitud que el gobierno ha mantenido hasta el día de hoy y que ha sobresalido en ocasiones como la instalación de rezadores en las rotondas de Managua y la apropiación de las purísimas como una celebración política-partidaria. A la jerarquía de la iglesia católica también le ha molestado el discurso religioso y manipulador de Rosario Murillo en sus comparecencias públicas diarias en las cuales invoca constantemente las creencias católicas del pueblo y su devoción por los iconos religiosos.

El gobierno también ha tenido la habilidad de instrumentalizar la figura del cardenal Obando para legitimarse nacional e internacionalmente, obligándolo a comparecer públicamente en sus actos políticos, igual que ha hecho con otros sacerdotes que fueron cooptados como en el caso de Neguib Eslaquit, quien frecuentemente aparecía al lado de la pareja presidencial acompañándolos, haciendo activo proselitismo y bendiciendo sus actividades políticas.

Algunos de los momentos más álgidos de esta confrontación fueron: la instalación de simpatizantes del gobierno como rezadores y la instalación de imágenes de la virgen María en las rotondas de Managua; el asesinato del sacerdote Marlon Pupiro, en el que se presupone un trasfondo político; la alerta del obispo de Estelí sobre los grupos de armados por razones políticas en la región norte del país y el ataque a los ancianos y jóvenes de la protesta OcupaInss.



La búsqueda del diálogo

La jerarquía de la iglesia católica había insistido en la idea del diálogo desde hace tiempo, pero no había una actitud receptiva del gobierno. Desde el Vaticano se realizaron algunas acciones para facilitararlo, tal es el caso del mensaje transmitido por el Nuncio recientemente nombrado a su llegada al país y más recientemente, el mensaje papal transmitido por el Arzobispo de Managua, el recién investido Cardenal Leopoldo Brenes.

De hecho, la investidura del nuevo Cardenal es una movida estratégica del Vaticano para equiparar a los interlocutores del diálogo; acción reforzada por el mensaje directo del Papa al gobierno respecto a este tema. Aparentemente, el gobierno se ha mostrado receptivo a esta invitación según se puede ver en la carta de respuesta a la invitación de la Conferencia Episcopal. Pero su actitud es vista con sospechas por diversos sectores de la oposición y de la sociedad civil del país considerando el intento de manipulación y apropiación que Ortega hizo durante la bienvenida al nuevo Cardenal luego de su investidura en el Vaticano.

Respecto a la jerarquía de la iglesia católica, diversos sectores sociales y políticos han expresado su esperanza de que se conviertan en mensajeros de las demandas ciudadanas sobre la situación social, económica y política del país, especialmente el

restablecimiento de un sistema electoral que garantice la transparencia del voto ciudadano. La antesala necesaria es la elección de funcionarios idóneos y probos para ocupar los cargos vencidos de los magistrados en el poder electoral y judicial, así como una serie de cargos públicos más. Un tema que está en la agenda del parlamento para los próximos días y que ha sido objeto de oscuras transacciones políticas entre los operadores políticos de Ortega y ciertos líderes de la oposición desde hace varios años. Al parecer la Conferencia Episcopal considera que este tema es importante en la agenda de diálogo y de buena voluntad con el gobierno, pues uno de los obispos ha propuesto públicamente nombres de candidatos para ocupar algunas de las magistraturas más importantes.

Las condiciones del diálogo

Aunque la noticia del diálogo entre la iglesia católica y el gobierno ha sido bien recibida entre diferentes sectores sociales y políticos del país, también es cierto que está recubierta de un velo de escepticismo por los antecedentes que el gobierno arrastra en esa materia desde hace muchos años.

El último intento de diálogo nacional realizado en el país data del año 1998, durante el gobierno de Arnoldo Alemán. En esa ocasión se convocó a una amplia variedad de

sectores sociales, económicos y políticos, y se hizo un formidable esfuerzo de organización y participación amplias. Sin embargo, el diálogo se truncó por las negociaciones privadas y excluyentes realizadas entre Daniel Ortega y Arnoldo Alemán que resultaron dos años después en el Pacto Alemán-Ortega, un acuerdo entre los dos caudillos que perduró casi por diez años, hasta que dejó de ser útil al propio Ortega, una vez que regresó a la presidencia y se apropió de todos los recursos del poder.

En realidad, la lógica de los diálogos y negociaciones prevaleciente entre las élites políticas desde 1990 hasta la fecha, fue excluyente y de transacciones clientelistas en las que quedaban fuera los intereses, demandas y propuestas de amplios sectores sociales, económicos y políticos del país, y prevalecían los intereses personales de los caudillos y/o las cúpulas políticas. Las negociaciones sirvieron entonces para transar bienes y recursos entre las élites de poder, un dame y doy que respondía a intereses privados y personales, no a las demandas de la población.

Esa lógica se redujo sensiblemente durante la administración de Daniel Ortega porque ya no era necesaria ni útil para su grupo, pero no desapareció. En realidad es empleada a conveniencia para cooptar y neutralizar a aquellos líderes de la oposición susceptibles de ser sobornados y chantajeados políticamente, o bien, a grupos a los cuales interesa contener, como ha sido el caso de los grandes empresarios privados. Esa lógica ha resultado tan efectiva que Ortega la utiliza también para someter a ciertos liderazgos sociales, mientras que a otros más consistentes los reprime e intimida. La jerarquía de la iglesia católica había sido hasta ahora, un actor social y político al que no había podido llevar hasta su redil. No es extraño entonces que intente hacerlo utilizando nuevamente su eficiente lógica de transacciones.

Las posibilidades reales

Esos antecedentes y las condiciones del contexto obligan a examinar



las posibilidades del diálogo entre el gobierno y la Conferencia Episcopal a la luz del ajedrez político que juegan ambos actores, especialmente Ortega. El diálogo como tal no le interesa, sino como instrumento de legitimación frente a la jerarquía católica, especialmente el Vaticano, y para cerrar la brecha que se abrió entre ellos con las tensiones y conflictos pasados. Lograr su objetivo le permitiría revestirse de legalidad y legitimidad después de todos los años que lleva demoliendo la institucionalidad pública y el proceso democrático del país. Los obispos sirven muy bien a su propósito si se prestan a ello. Esto significa intentar llevarlos hasta una lógica de diálogo y negociación privada y excluyente, con una agenda limitada a los asuntos de interés mutuo, es decir, el quehacer de la iglesia y su separación de las posiciones políticas críticas. Eso es parte de la estrategia de contención y control sobre grupos estratégicos: oposición formal, gran empresariado y ahora iglesia. Parece ser que la jerarquía católica está consciente de este juego y está dispuesta a jugarlo a pesar de los riesgos pues quieren recuperar el liderazgo en el discurso y las acciones de evangelización dentro del país, además de volver a ocupar el espacio de autoridad y de poder que siempre han tenido.

A esto se suma la gran expectativa de diversos actores sociales y

políticos del país en relación al papel que los obispos pueden jugar para facilitar la apertura del proceso democrático en el país. En ese sentido, uno de los puntos fundamentales es la recomposición del sistema electoral, de tal manera que se restituya la transparencia de los procesos electorales y el ejercicio del voto. Este punto es clave porque abre la posibilidad del cambio de gobierno por mecanismos pacíficos. Ortega lo sabe y por eso está organizando su juego para “elegir” a los magistrados antes de dialogar con los obispos. Su plan es lavarle la cara al CSE frente a la comunidad internacional, pero mantener a Roberto Rivas como presidente del CSE para que siga contando los votos a su conveniencia. Por eso es que hay mucha fuerza en los mensajes desde la “oposición” respecto al papel de los obispos, la agenda que deberían promover y las posibilidades del diálogo mismo.

El desenlace está por verse, pero por la víspera se saca el día, dice un refrán popular. Habría que ver si la Conferencia Episcopal va a privilegiar los intereses de la iglesia como un actor de poder o van a asumir la representación de las esperanzas que la gente ha depositado en ellos como pastores del pueblo, especialmente los grupos que intentan la apertura democrática. Los obispos tienen la palabra.